

LA CARGA LIVIANA

EDITORIAL
TOR



CHAZO



00163308



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella Durmiente del bosque
- 5 Juanfuerza
- 6 Fiel de amor
- 7 La princesa y el erizo
- 8 El Babé y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El truco del nudo
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarena
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hombre
- 24 El enano locuras
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del mono
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apenthes a los Andes
- 30 Mefique
- 31 El rey Coque
- 32 Almandrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga rusa
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que vola
- 41 La Centauro
- 42 Aventuras del rey Babé
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábula de Semantege
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los suecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábula de Iriarte
- 51 El niño sapato
- 52 Barba Azul
- 53 Taniro el hemisferiano
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El dolor de Segovia
- 56 El y. ins. de Codones
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Simón
- 59 Fábula de Esopo
- 60 Constantia
- 61 Nicolás y Nicolás
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Choclo
- 64 Grisélida
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genova de Brabant
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nariz
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesorero
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de castañas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos rusificadores
- 91 El ladrón de Baudou
- 92 El tambor del sustituto
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impetuoso
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la inventa

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



LA CARGA LIVIANA

I

La vieja de los gansos



ACE mucho tiempo vivía en el paraje más desierto de un país remoto una pobre vieja a la que nadie quería.

¿Por qué no la quería nadie? — preguntarán ustedes!

No se impacienten, que ya lo sabrán a su debido tiempo, pues si lo contáramos de entrada, tal vez no lo entenderían.

La vieja de nuestro cuento vivía completamente sola. Es decir, tanto como completamente sola, no, pues tenía una muchacha y una manada de gansos, a la que cuidaba con cariño, cariño al cual las aves solían corresponder en la forma que

se lo permitían sus cortos alcances y sus largos pescuezos.

La anciana mujer estaba medio tullida, y con grandes dificultades y no pocos dolores atendía a las necesidades de su miserable hogar, que si bien eran pocas, también pocos eran los recursos de que disponía.

Todas las mañanas, hiciera frío o calor, la vieja de nuestro cuento, apenas había dejado el camastro donde descansaba, tomaba su muleta y se dirigía con paso trémulo a la entrada del bosque.

Sin embargo, una vez que se encontraba en la entrada del bosque, se ponía a trabajar con una actividad de la que nadie la hubiera creído capaz.

Cuando encontraba a alguien por el camino, cosa que ocurría muy de tarde en tarde, la vieja saludaba sonriendo, mientras decía:

—Buenos días, querido vecino.

—Buenos días —le contestaba el otro a regañadientes y esquivando la vista.

—Lindo día, ¿no es cierto? —insistía la anciana.

—Así es —respondía el caminante, por decir algo.

—Tal vez os extrañará verme con este fardo a cuestas; pero debéis saber que todos tenemos que llevar nuestra carga en esta vida. Todos, absolutamente todos.

Cuando el que pasaba junto a la mujer de los gansos era un padre con su hijo, el hombre decía por lo bajo a la criatura:

—Fíjate bien en esa vieja, y procura no encontrarte con ella cuando andes solo por el campo. No vayas a olvidar esta recomendación.



*Lo llevaba luego todo
a cuestras.*

—¿Por qué? —inquiría el chico, curioso como todos los de su edad.

—Porque es astuta como el demonio, muy astuta.

—¿Es una bruja?

—Algo así. Por lo menos, conoce las artes de la hechicería.

II

El joven bondadoso

Una mañana un joven apuesto y decidido marchaba a través del bosque, deleitándose con el perfume de las plantas silvestres y el canto de los pajaritos.

El sol, que brillaba en todo su esplendor, se filtraba a través del follaje, proyectándose sobre el verde césped como mariposas de oro, y un fresco viento cantaba entre las ramas.

El joven caminante estaba satisfecho y de muy buen humor. En todos los senderos del bosque no había encontrado alma viviente. Por eso se alegró mucho cuando, al aproximarse al límite, distinguió a la vieja que en cuclillas manejaba trabajosamente una hoz con la que cortaba el pasto para sus gansos.

Sorprendido, el muchacho se arrimó a la vieja y le dijo en tono jovial:

—¿Pensáis llevar todo eso, buena mujer?

—Sí, hijo mío; todo. Para eso he venido —le contestó ella.

—Pero no vais a poder...

—¿No? ¡Pues, pueda o no pueda, tengo que hacerlo! Ustedes, los jóvenes de la ciudad, no saben lo que son trabajos pesados. Pero la gente del campo, sobre todo, los que somos pobres, debemos apechugar con lo que caiga y conformarnos cuando se nos dice:

Si no hay otro bienestar,
es preciso trabajar.

—No está mal la sentencia —dijo el joven riendo de buena gana.

—Ya que estáis tan alegre y satisfecho, ¿queréis ayudarme? —preguntó la mujer—. A vuestra edad, las espaldas todavía están derechas y las piernas son fuertes como estacas. Lo que os pido no supondrá algún sacrificio para vos. Además, aunque mi casa está un poco lejos, se llega



Vivía con una manada de gansos

a ella por un fácil sendero que he hecho yo con mis caminatas frecuentes.

—¿Dónde está, que no la veo?

—En un matorral, al lado de la colina. Con la fuerza que os da la juventud, llegaréis allí en un instante.

—¿Cuánto habrá que caminar?

—Una hora larga. ¡Os parece mucho tiempo!

—¿Mucho? ¡No me parece nada!

—Entonces, a más de cargar con la bolsa del pasto para los gansos, también podréis llevar las canastas de las peras y las manzanas silvestres.

El joven conde empezó a pensar que el favor le iba a resultar bastante pesado, pero la vieja, con su actitud resuelta y su continua y animada charla, no le dejó volverse atrás, y le colgó la bolsa en la espalda y le puso en ambas manos las dos canastas.

III

La pesada carga

Una vez que hubo cargado al joven como quien carga a un burro, la vieja le dijo:

—Como veis, esto no pesa nada.

—¿Que no pesa nada, decís? —repuso el muchacho—. ¡Cómo se ve que ahora vos no lo lleváis! Esto pesa horriblemente. Cualquiera diría que la bolsa está llena de piedras, y en cuanto a las peras y las manzanas, parecen de plomo. No me están quedando ni fuerzas para respirar.

A poco de andar, manifestó el joven deseos de abandonar su carga, pero la mujer no se lo permitió. Y con tono burlón, le dijo:

—¡Nada, nada! Los servicios que se empezau hay que terminarlos. Seguid caminando, que aun falta mucho. Y nadie os podrá librar ya de esa carga.

Mientras anduvieron por terreno llano, el joven pudo resistir bastante bien, aunque sudaba la gota gorda; pero cuando llegaron a la parte del bosque que era la ladera de una montaña y tuvieron que subirla, la fatiga fué superior a sus fuerzas y a su voluntad. El sudor bañaba su frente y corría por todo su cuerpo.

Y quiso desprenderse de la bolsa, pero por mucho que hizo, todo resultó en vano. La mujer se la había atado tan bien, que parecía que formaba parte de su espalda.

Al ver que se volvía y revolvía sin conseguir soltar la carga, la vieja se echó a reír y se puso a saltar alegremente con su muleta.



...en cucullas cortaba yerbas...

—Mejor que toméis las cosas con calma —le dijo al joven—. Veo que os sulfuráis de tal manera, que la cara se os pone colorada como la de un gallo. Llevad la carga con santa resignación, que tan pronto lleguemos a casa, os daré una buena propina.

De repente, dando un salto, la anciana se fué a sentar sobre la bolsa que cargaba el joven conde. Y, aunque la mujer era flaca como una momia, pesaba el doble de la campesina más robusta.

El muchacho seguía la marcha cada vez más fatigosamente. Las rodillas le temblaban y el aliento no le respondía.

Después de subir jadeando la montaña, llegó a la miserable morada de la mujer cuando, haciendo un supremo esfuerzo, le parecía que le iba a estallar el corazón.

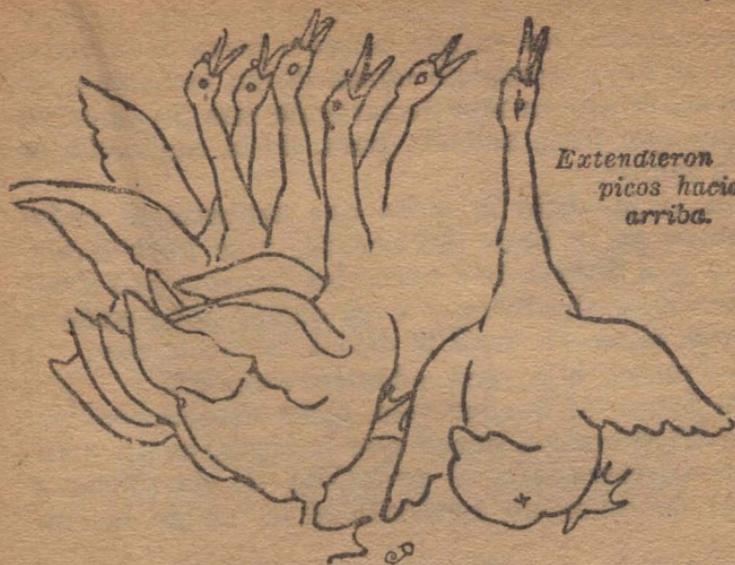
Apenas los gansos divisaron a la vieja, dirigieron sus picos a lo alto de la carga y salieron a su encuentro, dando graznidos. Detrás de los animales iba una muchacha esbelta, pero fea como un susto a medianoche.

IV

La recompensa

—¿Qué os ha pasado, madre? —le preguntó la muchacha a la vieja—. Habéis tardado más que de costumbre.

—No me ha pasado nada —le contestó la anciana—. Es decir, no me ha pasado nada malo. Al contrario, pues este distinguido joven, que es muy bueno y voluntarioso, me ha traído la carga



*Extendieron sus
picos hacia
arriba.*

y, además, como yo estaba muy cansada, también me ha traído a mí a cuestas.

Todo esto lo dijo la vieja sin apearse.

Finalmente lo hizo y, una vez en el suelo, quitó la carga de la espalda del joven conde, le tomó las canastas, lo miró sonriendo y exclamó:

—Ahora podéis descansar. Sentaos en ese banco que está delante de la puerta. Habéis ganado honradamente vuestro jornal, y no dejaréis de recibirlo.

Después le dijo a su hija, que estaba cuidando los gansos:

—Anda adentro, hija mía. No está bien que una muchacha se quede sola con un joven. Podría enamorarse de ti.

Al oír semejante cosa, el conde no sabía si echarse a reír o a llorar. Y dijo por lo bajo:

—Con semejante mujer no hay peligro de enamoramiento. No sé que ningún joven bien parecido se haya prendado nunca de un monstruo. Lo que es, si espera una declaración mía de amor, es mejor que tome asiento, pues, de lo contrario, se va a cansar.

La vieja abrió la bolsa que contenía el pasto juntado en la linde del bosque, y se puso a cortarlo y a distribuirlo entre los gansos, que graznaban a su alrededor y a los que cuidaba como si fueran hijos. Después le dijo a la muchacha:

—Vamos, hija, ven adentro conmigo.

El joven, al quedar solo, como estaba rendido, se echó sobre un banco que había bajo un manzano silvestre, con el propósito de descansar y hasta de echar un sueñecito si le venían las ganas.

Se dejó vencer por el sueño, pero cuando empezaba a disfrutar de tan apacible descanso, la vieja salió de su choza, se le aproximó y sacudiéndolo, lo despertó mientras le decía:

—Levantaos, pues no podéis permanecer más tiempo en este lugar. Es cierto que os he martirizado un poco, pero no os habéis muerto por eso.

—Porque Dios es grande —le contestó el joven.

—Y porque yo no he querido. Ahora voy a pagaros.

—¡A pagarme qué?

—El salario que os habéis ganado con vuestro trabajo.

—No hace falta. Soy rico, y, por lo tanto, no preciso dinero ni nada que lo valga.

—Ya sé que no necesita dinero ni nada que lo valga. Por eso no os lo voy a dar, además que no lo tengo. Lo que os daré es otra cosa.



—Quiero dormir un poco.

—¿Otra cosa?... ¿Qué?

—Esto —le dijo la vieja, al mismo tiempo que ponía en su mano una cajita de esmeralda hecha de una sola pieza.

—¿Esto no vale dinero? —preguntó el conde.

—No. No vale dinero, porque vale mucho más. Es una cajita con virtud de talismán. Guardadla y os traerá suerte.

V

La perla de la princesa

Después de recibir el obsequio de la anciana, el joven conde se levantó, y, sintiéndose repuesto del cansancio, agradeció el obsequio que acababa de

recibir y se puso en camino. 1, aunque al despedirse oyó que la muchacha, que estaba en la puerta de la choza, respondía a su saludo con amables frases, no se dió vuelta para mirarla: tan fea la había encontrado.

Llevaba recorrido ya un buen trecho a través del espeso bosque, cuando todavía llegaba a sus oídos el bullicioso graznido de los gansos de la vieja.

Y así anduvo bajo la tupida fronda y entre los enmarañados arbustos, sin conseguir orientarse. Y lo sorprendió la noche. Durmió sobre el césped bajo una corpulenta encina, cuyo follaje lo libró del relente de la noche, y a la mañana siguiente, con los primeros cantos de los pajaritos, reanudó la marcha. Y por más que anduvo, no dió con senda alguna ni consiguió orientarse. Aplacó el hambre con las frutas silvestres que le ofrecían en abundancia los árboles, y sació la sed en los arroyos cristalinos y en los manantiales armoniosos que encontraba a cada trecho. Y lo sorprendió otra vez la noche, y otra vez tuvo que dormir bajo la copa de un árbol.

Recién al tercer día de andar perdido por el bosque, pudo encontrar un camino para él desconocido. Siguió en dirección al norte, y llegó a una ciudad populosa.

Como no conocía a nadie, preguntó al primero que se le cruzó en el camino:

—Diga, buen hombre: ¿qué clase de pueblo es éste?

—No es ningún pueblo. Es la capital del reino.

—¿Capital del reino? Entonces, me diréis dónde queda el palacio real.

El hombre se lo indicó, y el muchacho dirigió

sus pasos a la morada del soberano, pues consideraba que, dada su condición de conde, era allí donde debía pedir hospitalidad.

Llegó en el preciso momento en que los reyes, sentados en el trono, estaban concediendo audiencia a los cortesanos.

Lo hicieron pasar, y, poniendo una rodilla en tierra, sacó de su bolso la caja de esmeralda y la

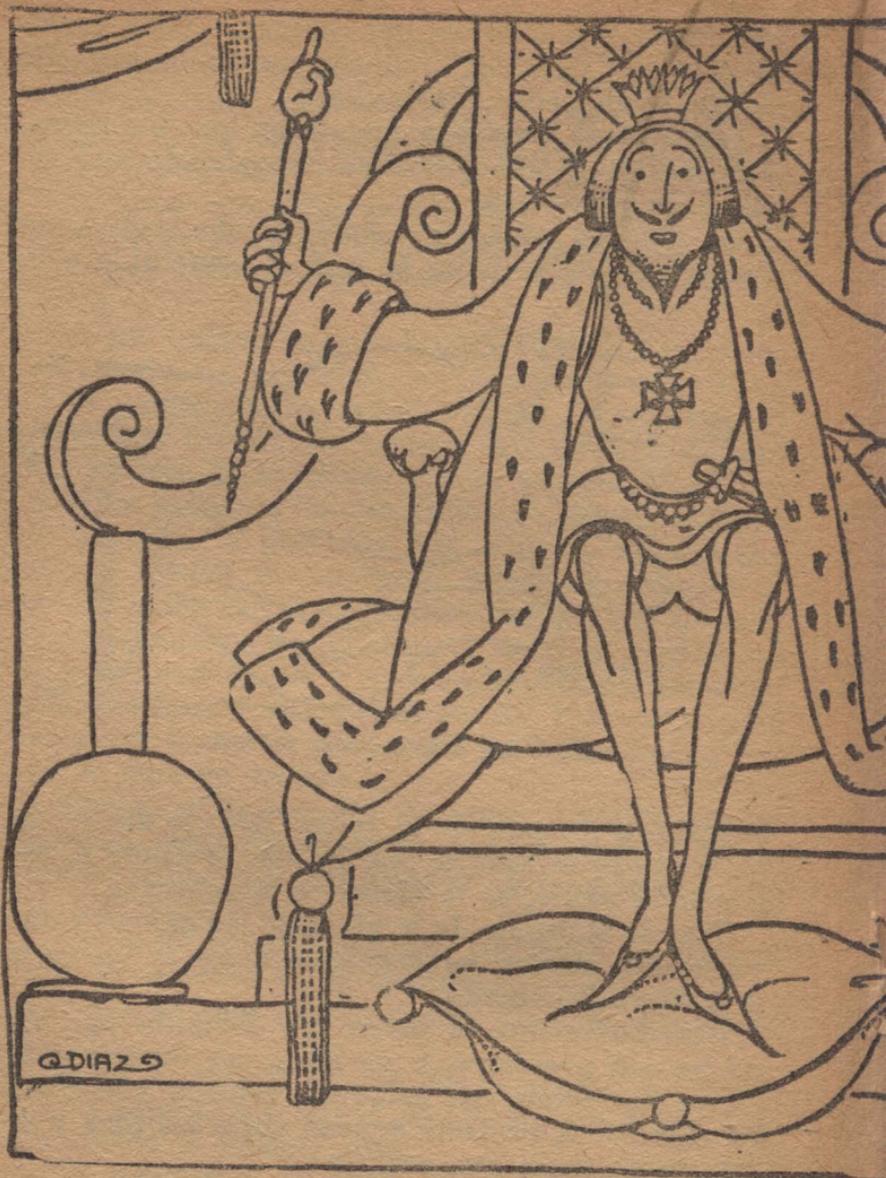


Cayó en tierra como muerta.

depositó a los pies de la reina. Esta le dió venia para que se levantara. Así lo hizo el conde y, tomando la cajita, se la ofreció a la soberana.

Cuando el regalo de la vieja de los gansos estuvo en sus manos, se desplomó como si un rayo la hubiera fulminado.

Inmediatamente el joven fué detenido por los nobles allí presentes, y ya iba a ser llevado a la cárcel por orden del monarca, cuando, volviendo en sí la reina, exclamó apenas abrió los ojos y se dió cuenta de lo que ocurría:



—Puesto que me amas como a la sal,



sal recompensaré tu cariño.

—Poned al conde en libertad y dejadlo conmigo y retiraos. Quiero hablar en secreto con él.

Todos, incluso el rey, obedecieron. Y cuando la soberana se vió sola con el joven, se puso a llorar amargamente.

El muchacho no sabía qué hacer ni qué decir para consolarla. Afortunadamente, ella no tardó en sacarlo del violento trance, pues una vez que se hubo desahogado, exclamó:

—¿De qué me sirven el esplendor que me rodea y los honores que se me tributan? Todas las mañanas despierto llena de pena y de temor. Sabed que tuve tres hijas a las cuales quise con delirio. La menor de ellas era tan linda que todos la ponderaban y hasta a los países más remotos llegó la fama de su hermosura. Su tez era blanca como la nieve, su boca era roja como la flor del manzano y sus cabellos brillaban como si fueran rayos del mismo sol. Y hasta cuando lloraba era digna de admiración, pues no eran lágrimas lo que caía de sus ojos, sino perlas y diamantes y toda clase de piedras preciosas.

“Al cumplir trece años de edad, el rey dispuso que sus hijas se presentaran ante él en el trono. Se reunió la corte en pleno, y era de ver la expresión de todos y de oír el murmullo de admiración cuando hizo su entrada la menor de las princesas. Oí exclamar a un duque que estaba cerca del trono que aquello no era la entrada de una niña, sino la salida del sol en un diáfano día.

“Cuando las tres hermanas estuvieron reunidas, el rey les dijo:

“—Como ignoro cuándo será el día de mi muerte, quiero decidir desde ya lo que deberá recibir cada una de vosotras como herencia. Sé que las



*Hizo atar una
bolsa de sal a
la espalda...*

tres me amáis, pero no dudo que una me amará más que las otras. A ésta le corresponderá la mejor parte.

“A continuación hablaron las tres princesas y cada una dijo que era ella la que más lo amaba.

“—Ahora estoy tan enterado como al principio —exclamó el rey—. Esto es, sigo ignorando cuál de vosotras es la que más me quiere. ¿No podríais comparar el amor que sentís por mí, con

alguna cosa? Así podría llegar a saber cuáles son vuestros sentimientos.

“Entonces habló la mayor que era muy golosa, y dijo:

“—Os amo como la miel más dulce.

“Luego habló la segunda, que era muy presumida, y dijo:

“—Os amo como a la miel más dulce.

“Pero la menor, que era tan buena y retraída como hermosa, guardó silencio.

“—¿Y tú? —le dijo el rey—, cómo me amas?

“—No sé —contestó la niña—. El amor que siento por vos no lo puedo comparar con nada.

“El padre insistió para que designara un objeto que le pudiera servir a él de referencia. Después de mucho pensar, al fin dijo la menor de las princesas:

“—Para mí, el mejor de los manjares no tiene gusto si le falta la sal. Por lo tanto, os amo como a la sal.

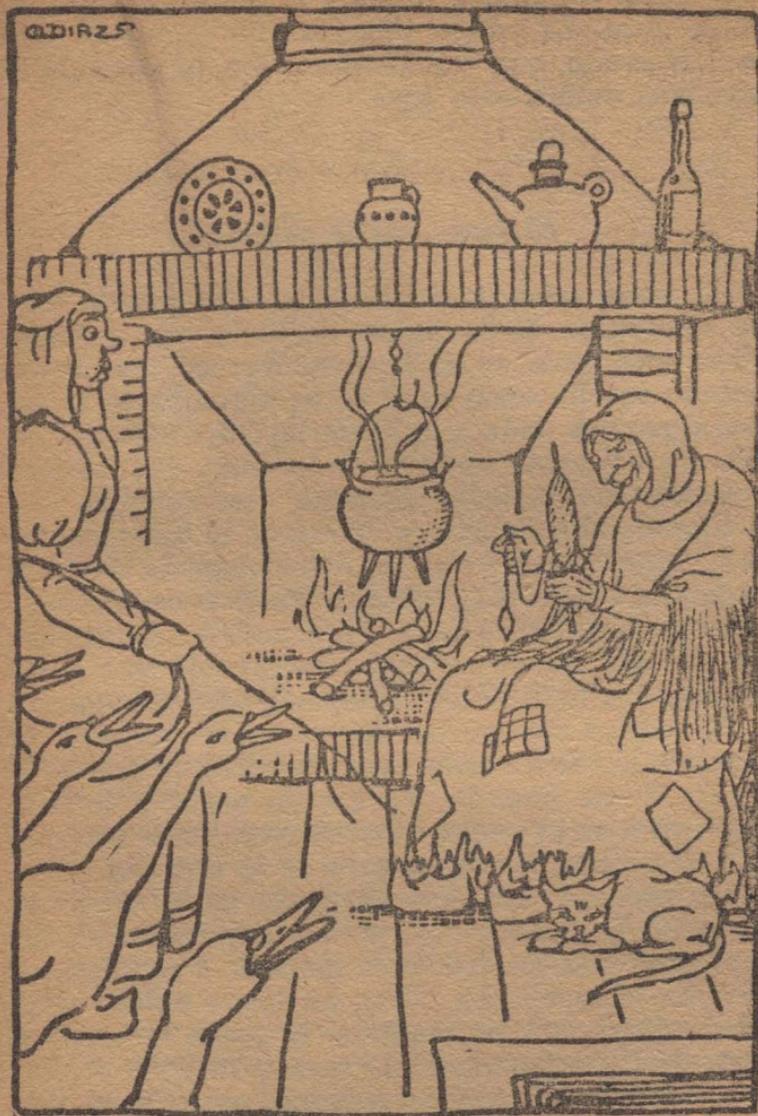
“Al rey le disgustó la comparación. Y dijo:

“—Puesto que me amas como a la sal, con sal recompensaré tu cariño.

“Y dispuso repartir su reino por partes iguales entre sus dos hijas mayores, y en cuanto a la menor, anticipó el legado, haciéndole colgar una bolsa de sal a la espalda y mandando que dos servidores la condujeran a un bosque solitario y la dejaran allí abandonada.

“El rey no tardó en arrepentirse de lo que había hecho, e hizo buscar a la infeliz criatura por todo el bosque. Pero nadie pudo dar con ella.

“Pero hoy he recibido un golpe superior a mis fuerzas, cuando, al abrir la caja de esmeralda que me habéis entregado, he visto en su interior



...junto a su rueca e hilaba.

una perla semejante a las que caían de los ojos de mi hija. Ya podéis imaginar mi estado de ánimo. Necesito que me digáis cómo ha llegado a vuestras manos esta joya”.

VI

El plazo que se cumple

El joven conde le refirió a la reina que la caja de esmeralda se la había regalado una extraña vieja que vivía en el bosque. Agregó que había notado en ella cosas muy raras y que hasta le parecía que era dada a la brujería. Sin embargo, juró que no había visto ni oído nada que tuviera relación con la bella princesa desaparecida.

Cuando el soberano se enteró de lo ocurrido, tomó, junto con la reina la determinación de ir al bosque a buscar a la vieja de los gansos. Tenía la esperanza de que ésta le diera noticias de su hija, ya que allí donde se había encontrado una perla de ella, era natural conseguir mayores referencias.

El mismo día en que los reyes se pusieron en camino, la vieja estaba sentada cerca de la puerta de su choza, hilando. Ya era de noche y la leña que ardía en el hogar esparcía una tenue claridad que alcanzaba hasta los pies de la anciana.

De repente, ésta oyó un ruido en la espesura. Levantó la vista y vio que los gansos salían del matorral y se metían en la morada. Poco después llegaba la muchacha. Tras un breve saludo cambiado entre las dos mujeres, la joven se sentó al lado de la vieja, tomó su rueca y se puso a hilar con tal destreza que parecía que en toda su vida no había hecho otra cosa.



Una piel que cubría su rostro...

Así permanecieron dos horas sin cambiarse una sola palabra.

De pronto sintieron un ruido junto a la ventana, y al dirigir allí la mirada, vieron brillar dos ojos que parecían dos ascuas. Era un mocho que gritó tres veces: ¡Hu-hu! ¡Hu-hu! ¡Hu-hu!

Entonces la vieja exclamó, dirigiéndose a la muchacha:

—Llegó el momento de ir a hacer lo que debes.

La muchacha se levantó y salió, internándose en el bosque espeso y oscuro sin temor de los animales salvajes ni de los ruidos extraños.

¿Dónde iba? Lejos, lejísimos. Se puso a caminar con decidido paso por sendas desconocidas y apenas marcadas entre la maraña de la selva. Después de andar y andar sin asustarse de las sombras fantasmales de los árboles movidos por el viento ni de los impresionantes chillidos de las aves nocturnas, salió del bosque, atravesó un valle y se detuvo al fin en un prado apacible. Después de tomarse un breve descanso, prosiguió la marcha a la que puso término al llegar a la orilla de un manantial sombreado por tres encinas.

Cuando la muchacha estuvo al pie del manantial, suspiró profundamente y en seguida se desprendió de una horrible piel que cubría su rostro dándole el feo aspecto que ya conocemos y que tan mal había impresionado al joven conde. Volvió a suspirar con todas sus ganas, se inclinó sobre el cristalino charco que formaba la fuente y empezó a lavarse. Cuando hubo terminado, puso la piel en el agua, la refregó bien y la tendió sobre el césped para que se secara a la luz de la luna.

Cualquiera que la hubiera visto hubiera quedado maravillado. Aquélla no era la muchacha fea de la vieja de los gansos. Ni siquiera una muchacha pasable, como había tantas entre la gente del pueblo. Era una belleza, una verdadera belleza, capaz de competir con las más empingorotadas de la corte. Su cara era de facciones angelicales, con una tez purísima y unos labios más rojos que la amapola. En cuanto se desprendió de la trenza gris que tapaba sus verdaderos cabellos, cayó como cascada de oro una mata de pelo rubio suave como la seda, que se extendió como un manto sobre su cuerpo. Sus ojos brillaban como las estre-



llas del cielo en noche oscura, y sus mejillas tenían el lindo sonrosado de la flor del duraznero.

Se sentó sobre una piedra y lloró con intensa amargura. Las lágrimas fueron cayendo una tras otra de sus lindos ojos y rodaron hasta el suelo a través de sus largos y sedosos cabellos.

Hubiera permanecido allí largo tiempo, como, al parecer, tenía por costumbre, si el crujido de algunas ramas de un árbol próximo no le hubiera llamado la atención. Como aquel ruido era distinto de los que se oían en el bosque y con los cuales estaba familiarizada, la muchacha se alar-

mó y pegó un salto como una corza asustada por el disparo de un cazador.

Una nube espesa velaba en aquel momento la redonda faz de la luna, lo que daba un aspecto tétrico al paisaje.

La niña tomó la piel que estaba tendida sobre el pasto y se cubrió con ella el rostro, dándose inmediatamente a la fuga. Desapareció de aquel poético escenario como una luz soplada por el viento.

Atravesó a todo correr el valle, se internó en el bosque y llegó jadeante a la choza que le servía de morada. Temblaba como las hojas de los álamos sacudidas por la brisa.

La vieja estaba parada en la puerta, como si la estuviera esperando. Apenas la vió, la joven quiso referirle la causa de su agitación, pero la anciana, con una sonrisa no carente de gracia, le dijo:

—No hace falta que me cuentes nada. Lo sé todo.

La condujo junto al hogar y prendió algunas astillas. Pero en lugar de sentarse al lado de la muchacha, como tenía por costumbre, tomó una escoba y se puso a barrer sin descuidar ningún rincón.

Mientras trabajaba, decía:

—Es necesario que todo esté limpio.

—¿Pero por qué, madre mía? —le preguntaba la muchacha. Y agregaba—: ¡Tan luego a esta hora! ¿No sabes que es muy tarde?

—Cuando hay que hacer lo imprescindible, nunca es tarde.

—¿Lo imprescindible?

—¡Sí, lo imprescindible!



—Yo te doy
las lágrimas.

—No lo será tanto que no pueda dejarse para mañana.

—No, no puede dejarse. Y, después de todo, ¿sabes qué hora es?

—Todavía no es medianoche, pero hace ya un buen rato que han dado las once. ¿Pero quieres decirme a qué viene ese trajín? —insistió la joven, viendo que la anciana no cesaba en su tarea.

—¿No recuerdas, hija mía, que hoy hace tres años que viniste a esta casa?

—Sí, pero no veo que tenga que celebrarse así.

—Debe celebrarse porque hoy termina el plazo.

—¿Qué plazo?

—El que nos ha mantenido juntas.

—¿Cómo! —dijo la muchacha, asustada—. ¿Acaso quieres echarme? ¿Dónde iré, pobre de mí, que esté mejor que aquí, al lado de mi buena

madre? Yo no tengo amigos que me puedan ayudar ni patria que me pueda dar un cordial asilo. He hecho todo lo que has querido, para tenerte contenta. Si en realidad he sabido corresponder a tu bondad, no me arrojes de tu lado.

VII

El secreto

La pobre niña, alarmada y afligida al mismo tiempo, pues quería mucho a la vieja y temía tener que vagar sola por el mundo, no cesaba de lamentarse e inquirir la razón de aquel cambio en la actitud de aquella mujer que la había adoptado como hija.

Pero la anciana permanecía sin querer revelar a la muchacha lo que iba a suceder. Al fin, después de tantos ruegos, contestó, como única explicación:

—No puedo permanecer aquí más tiempo, y como al retirarme quiero que la casa y los enseres estén limpios, me aforo en trabajar como ves. Te pido, pues, que no me interrumpas en mi trabajo.

—Entonces, ¿no me echas?

—No, no te echo. Me voy.

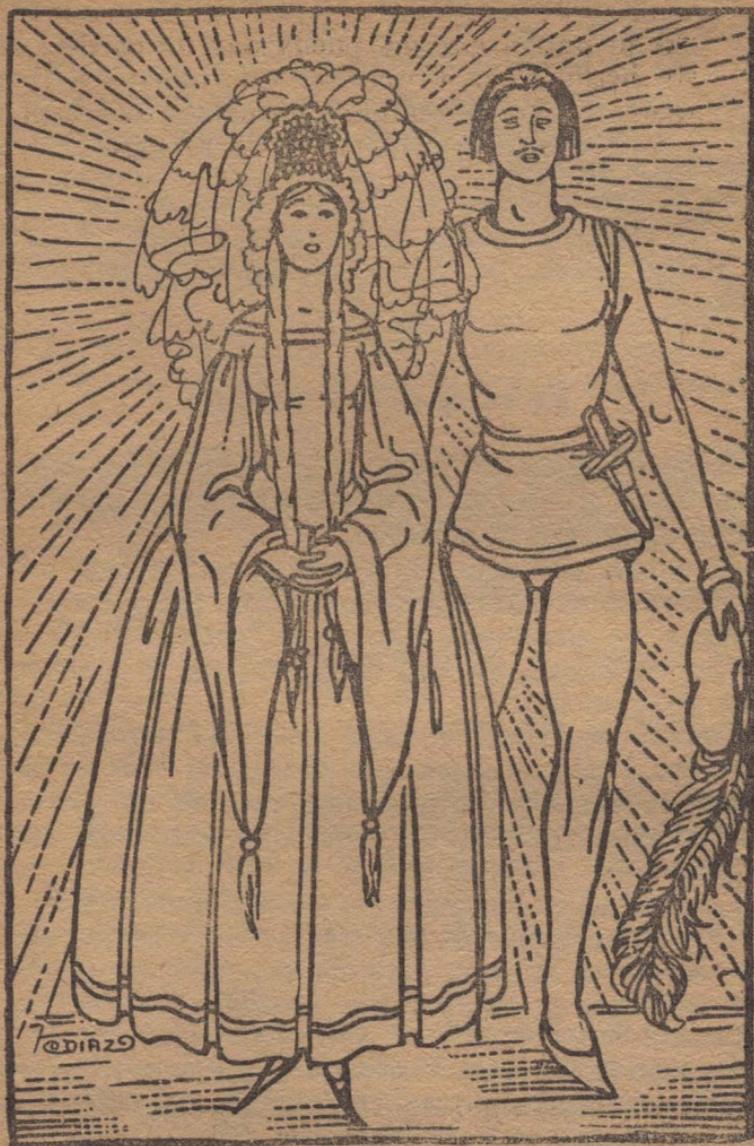
—Pero de igual manera quedo desamparada. ¿Qué será de mí sin ti?

—No pases cuidado. Tendrás siempre un techo bajo el cual vivir tranquila y dichosa.

—Sin ti, no habrá dicha posible.

—Sí que la habrá, pues antes de irme te daré una recompensa que te pondrá muy contenta.

—¿De qué recompensa se trata? ¡Dímelo, por favor! Y dime también lo que va a pasar.



▼ *la princesa se casó con el conde.*

—Ya te he dicho que no me interrumpas en mi trabajo. No me preguntes nada más, y mientras yo termino de hacer la limpieza, quítate esa fea piel que cubre tu hermosa cara, y ve a tu cuarto a ponerte el vestido que traías cuando hace tres años llegaste a mi casa.

—¿Y una vez que me haya puesto el vestido?

—Te quedas quietita en tu cuarto hasta que yo te llame. Anda, ve, y no me hagas perder más tiempo.

VIII

En busca de la princesa

Hemos dejado al rey y a la reina encaminándose hacia el bosque donde los servidores del monarca dejaron a la princesa.

El conde, que acompañaba a la real pareja para indicarle el lugar de la morada de la misteriosa anciana, se adelantó a ellos y al sentirse dominado por la fatiga, decidió descansar en la copa de una vieja encina.

Cuando apareció la luna tras las montañas, distinguió una persona que descendía por la ladera. Al ver que llevaba una vara en la mano, comprendió que era la joven que guardaba los gansos.

La observó en sus menores movimientos, y grande fué su asombro al ver que se quitaba la piel que le cubría la cara. Cuando extendió sus dorados cabellos, se mostró más hermosa que mujer alguna.

Cuando la hermosa visión de la niña en la fuente hubo desaparecido, el joven conde bajó del árbol y se puso a perseguirla.

Apenas había iniciado la carrera, distinguió a dos personas que atravesaban el prado. Eran el rey y la reina.

El joven les contó lo que acababa de ver junto al manantial. Los atribulados padres no dudaron que aquella beldad era su hija. Y prosiguieron la marcha contentos y confiados, no tardando mucho en llegar a la morada de la vieja. Los gansos estaban colocados a su alrededor, durmiendo con la cabeza bajo el ala, sin hacer el menor movimiento. La anciana hilaba con la mayor tranquilidad, y sin mover los ojos. El cuarto aparecía adornado y limpio.

Los caminantes, antes de entrar, miraron por la ventana y notaron con disgusto que no estaba la muchacha. Por fin se animaron y golpearon en los vidrios.

Como si los hubiera estado esperando, la vieja se levantó y les dijo:

—Entrad en esta humilde casa y ahorraos las explicaciones. Sé quiénes sois.

Cuando los caminantes estuvieron adentro, le dijo al rey:

—Os hubierais ahorrado esta larga jornada si hace tres años no hubierais echado injustamente a vuestra hija, que es la más buena y más hermosa de las mujeres.

Acto seguido se acercó al cuarto de la niña y dijo:

—Sal, hija mía.

Al ver a los visitantes, la niña se lanzó al cuello de su padre y de su madre, sin poder contener el llanto. Reparando después en el joven conde, se puso colorada, ignorando ella misma la causa.

Terminados los transportes de ternura, le dijo
el rey: í

—Hija mía, como ya repartí mi reinado, no sé
qué podré dejarte a ti.

—No necesita nada —le contestó la vieja—. Yo
te doy las lágrimas que ha vertido por vosotros,
que son muchas. Y como esas muchas lágrimas
son otras tantas perlas, su valor es superior al de
vuestro reino. Y en pago de los servicios que me
ha prestado, le cedo esta humilde casa.

Cuando terminó de decir estas palabras, la vieja
desapareció. Entonces crujieron las paredes y
la miserable choza quedó convertida en un mag-
nífico palacio.

Y la princesa se casó con el conde, y permanecieron
juntos en aquel palacio, donde vivieron en
la mayor felicidad.

Y el joven conde, recordando la carga, que le
valió la caja de esmeraldas como recompensa, re-
conocía que no había sido una carga pesada, sino
la más liviana que le había tocado llevar en su
vida.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la
Editorial TOR, el día 24 de noviembre de 1944.

Printed in Argentina

Impreso en la Argentina

SC
Lij
C-LA
BB



CUENTOS INFANTILES
LA ABEJA

38